

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

PREPARAR EL FUTURO DE LA JUVENTUD I
Salida de sol del 1 de mayo de 1965

La mayoría de los jóvenes prefieren una música excitante, que les excite, que les haga gesticular, agitarse. La otra música, la de los grandes compositores, Mozart, Beethoven, Haydn, es para los viejos, según parece. Pues bien, estos jóvenes no han comprendido nada, no saben que la música que les gusta sólo despierta en ellos unos impulsos de la mayor ligereza y sin sentido. Algunos géneros de música no tienen unos efectos muy benéficos sobre el comportamiento, la sensibilidad, pero los jóvenes no se han parado a estudiar los efectos que produce en ellos esta música que les gusta, no se han parado a ver hacia qué les empuja. No quieren saberlo, buscan solamente aquello que “les dice algo”, lo que les proporciona placer momentáneo, sin prever lo que esto va a producir más tarde, ni qué locuras cometerán debido, justamente, a los estados que esta música haya despertado en ellos. Sí, ¡y también todas estas canciones que tienen palabras tan estúpidas, o incluso sin sentido!

Dirán que los jóvenes deben vivir su vida. De acuerdo, nadie se los impide, pero tienen que pensar también, de vez en cuando, que no podrán vivir eternamente la vida sumergidos en la despreocupación, los caprichos y las elucubraciones. La vida es una cosa seria y, un día u otro, van a presentarles problemas. ¿Cómo resolverán entonces estos problemas si han tomado una actitud inconsecuente?

La juventud no quiere instruirse ni aceptar los consejos de los mayores, sabe lo que sabe, conoce el camino y seguirá adelante. Bien, ¡es magnífico este deseo de independencia! Pero la juventud debe tomar al menos conciencia de que no lo conoce todo, de que hubo otros seres antes que ella, más sabios, que hicieron el esfuerzo de ir muy lejos en la exploración de los problemas de la existencia y que nos han aportado las conclusiones de sus búsquedas. Despreciar esto es la mayor locura. Pero, cada vez más, vemos cómo se manifiesta esta locura, y ésta es la mejor

manera de que se cierren para los humanos las puertas del mundo superior. Sí, porque con esta actitud no pueden llegar a conocer aquello que es esencial en la vida, ni recibir las corrientes que vienen de las regiones celestiales. Aquí, en la Enseñanza, aprenderán, justamente, la buena actitud que hay que tener para estar en contacto con todo aquello que es esencial sentir y comprender.

Los jóvenes aprenden muchas cosas en las escuelas, claro, pero éste es un saber casi inútil, porque no conocen el verdadero uso de este saber. ¿De qué les sirve, por ejemplo, conocer la química, las propiedades de los elementos, las condiciones (temperatura, proporciones, etc.) en las cuales son posibles ciertas reacciones, si no ven que su vida interior también obedece a leyes químicas? Se imaginan que, de cualquier forma, en no importa qué condiciones, con no importa qué sentimientos o pensamientos, van a obtener lo que desean... Y no. ¿Cómo no ver que las mismas leyes rigen el mundo físico y el mundo psíquico?

Yo siempre les he dicho a los jóvenes: “prepárense, porque grandes problemas les esperan. Tendrán hijos, más tarde, y deben pensar ya cómo van a crearlos, en qué estado de conciencia, con qué pensamientos, con qué sentimientos. No hay que esperar al último minuto, hay que prepararse.” Pero la juventud no sabe lo que es prepararse. Tomemos solamente la cuestión de los exámenes. ¡Cuántos estudiantes se pasan la mayor parte del año divirtiéndose, discutiendo y dedicándose a otra cosa que a los estudios! Un mes antes del examen, por fin, se ponen a estudiar día y noche. Claro que, incluso así, quizá puedan aprobarlos, ¡pero a qué precio! Todos estos esfuerzos del último minuto desequilibran el sistema nervioso, y por eso después son tan vulnerables y caen enfermos: porque no han trabajado de acuerdo con las leyes de la medida. Tienen el diploma, sí, pero todos estos excesos se reflejan en su vida, y no logran mostrarse a la altura de las responsabilidades que sus diplomas les han permitido alcanzar. ¿Ven?, ahí también tenemos puntos a considerar.

Hay que preparar a los jóvenes para que puedan afrontar la existencia en las mejores condiciones. No basta con darles una formación de ingeniero electrónico, de químico, de biólogo... Si no se les advierte de las situaciones en las que se van a encontrar, y de qué pensamientos y qué sentimientos hay que tener en dichas situaciones, sucumbirán ante los menores inconvenientes. Mientras que, si se han preparado, van a atravesar todas las aguas con facilidad, porque sabrán de antemano con qué obstáculos van a encontrarse. Tomemos un ejemplo muy sencillo. Si

alguien no conoce la alternancia de las estaciones, si no sabe que un día llegará el invierno y hará frío, ¿qué le va a suceder? Mientras que, si está al corriente, preparará carbón, vestidos, alimentos, y atravesará tranquilamente el invierno. Pues bien, la mayoría de los jóvenes se conducen como si no supiesen que llegará el “invierno”, y no se preparan.

Lo que les decía para la música vale también para otros dominios. Hay que acostumbrar a los jóvenes a escuchar una música que despierte en ellos sensaciones sutiles, y a no escuchar siempre una música que les impulsa a la gesticulación. Aunque tengamos la impresión de que no es de su edad, no importa, hay que prepararlos para la vida que van a llevar más tarde. Es preferible que puedan echar un vistazo en el mundo de los adultos para que puedan profundizar en su comprensión de las cosas. Por otra parte, miren: ¿qué hace una niña pequeñita? Tiene muñecas, y las acuna, les da de comer, las lava. Esta ocupación es una preparación para su futuro papel de mamá. Hay algo en ella, pues, que la empuja a explorar ya el terreno para el futuro. Deben reflexionar sobre todo eso.

Se lleva a los niños a la iglesia donde, sin embargo, no pueden comprender gran cosa de lo que allí sucede. Pero la solemnidad de la ceremonia, el recogimiento de los adultos, producen en su alma unas impresiones que más tarde podrán profundizar. Y otros, debido a la muerte de un pariente o de un camarada, asisten a un entierro, y ahí empiezan a preguntarse lo que significa una desaparición. La muerte es un acontecimiento al que deberán enfrentarse más tarde, y es útil que se hayan preparado para ello. Así es para todo en la vida. Cada niño está obligado, en cierta medida, a anticiparse a acontecimientos que todavía no son de su edad, y, para ello, debe beneficiarse de la experiencia de los adultos.

Tomemos otro ejemplo muy sencillo: un estudiante de química empieza estudiando todo lo que se ha descubierto en esta ciencia hasta hoy, y luego, si es capaz de hacerlo, aportará sus propios descubrimientos; pero empieza estudiando las experiencias y los descubrimientos de otros. No decide ignorarlos para encontrar todo por sí mismo y acabar descubriendo, al cabo de veinte o treinta años (¡y aún si llega a descubrirlo!) que una molécula de agua está compuesta por un átomo de oxígeno y por dos átomos de hidrógeno. Acepta esta noción y esto es más sensato. Pero, cuando se trata de verdades mucho más importantes que la composición del agua, no aceptará la experiencia de nadie; ¡lo encontrará por sí mismo, supuestamente! ¿Por qué consultar a los sabios, a los Iniciados y a los grandes Maestros? Es inútil. Por eso se romperá la crisma para resolver por

sí solo un problema que ya ha sido resuelto hace mucho tiempo.

La juventud tiene riquezas extraordinarias, tiene fuego, tiene impulsos, tiene fuerzas, ¡es formidable! Pero le falta una cosa: la luz, es decir, el verdadero conocimiento, la verdadera dirección. Busca el placer, lo que es agradable, fácil, sin saber que el placer y la facilidad no van a hacer otra cosa que debilitarle. Si tuviese más luces, buscaría, más bien, lo que es difícil, porque es ahí, en las dificultades, donde nos volvemos inteligentes y poderosos. ¿Qué va a dar de sí esta joven generación que no tiene ninguna ciencia? Está orgullosa de sus conocimientos librescos, claro, y desprecia a los adultos que, según dice, no han comprendido nada, ni hecho nada, y le han dado mal ejemplo. Pero los jóvenes no conocen aún la naturaleza humana, todavía no saben los apetitos y pasiones que van a despertarse también en ellos. Critican a los adultos, pero, unos años después, les superan en locuras y desenfreno. Éstas son las sorpresas que les reserva a la juventud su ignorancia de la naturaleza humana.

Criticar es fácil, ¿pero qué ejemplo es capaz de dar la juventud? Evidentemente, los mismos adultos tienen necesidad de un ejemplo, y hasta de una buena corrección (¡que, por otra parte, reciben ahora de sus propios hijos!). Pero, en realidad, no se puede dar la razón ni a los unos ni a los otros. Si la juventud quiere mostrar verdaderamente que puede hacer cosas más grandes y más bellas que los adultos, es capaz de hacerlo, pero tiene que enfocar las cosas de otra manera. Si continúa en la misma dirección, transgrediendo todas las reglas, la situación será peor todavía. No se pueden desafiar impunemente las leyes del universo, no es posible, se trata de leyes inmutables, implacables, que hay que obedecer. Pero, en cuanto las obedecen, es la naturaleza misma la que les abre todos sus tesoros.

Les decía, pues, que es deseable que el niño participe en la vida de los adultos, aunque no lo comprenda, porque así, cuando tenga que hacer frente a los mismos acontecimientos, ya estará preparado, se acordará, e imitará lo que ha visto hacer. Por eso es muy útil que la juventud no se limite exclusivamente a lo que es de su edad. Un día, hablaba con la madre de dos chicas encantadoras de unos quince años. Le decía: “Les haría bien a sus hijas venir a la Fraternidad para oír unas verdades que van a ayudarlas más tarde en la vida.” ¿Y saben lo que me respondió? “No, son demasiado jóvenes, a su edad tienen que divertirse: les gustan los bailes, los guateques, ¡ya tendrán tiempo de pensar en las cosas serias!” Pues bien, ahí tienen a una madre que estaba preparando catástrofes para sus hijos.

Claro que hay que dejar que la juventud baile, yo no estoy en contra de la danza, pero también hay que acostumbrarla a tener preocupaciones de otro tipo. La naturaleza humana no está hecha solamente para el trabajo, el esfuerzo, la reflexión, por supuesto; e incluso fueron los Iniciados, en el pasado, los que instituyeron estas fiestas en las que el pueblo, con cantos, danzas, disfraces, daba salida a todas estas fuerzas que el trabajo y las preocupaciones de la vida cotidiana reprimen. Pero, pensar que lo esencial es poder divertirse y distraerse, es, verdaderamente, malograr la existencia. No estoy en contra de que una madre quiera que su hija se divierta. Yo también me divierto, no pienso en otra cosa que, en divertirme, ¿qué se imaginaban? Pero hay diversiones y diversiones... y hay que ver el peligro de las diversiones que no están equilibradas con la reflexión. Muy pronto, esta chica, que su madre envía a “divertirse” será ensuciada y comida por el primer granuja que venga, y no sólo perderá su encanto y su frescor, sino que perderá también su lucidez y pronto irá a engrosar la multitud de mujeres que atraviesan la existencia sin saber nunca de qué va la cosa.

No piensen que soy un estrecho. No hay hombre más liberal que yo. Quiero que todos se alegren, que canten y bailen, pero quiero también, al mismo tiempo, que acepten estudiar la ciencia de los Iniciados, que aprendan a conectarse con las fuerzas nobles y vivificantes de la naturaleza. Entonces se convertirán en unos seres formidables, capaces de actuar benéficamente para su familia, para su país, e incluso para el mundo entero.

Han sido unas palabras para decirles que la juventud no debe buscar siempre sólo lo que le gusta, lo que le resulta agradable, hasta un extremo como el que ha llegado, sino apuntar un poco más lejos y anticipar el futuro. ¡Ah!, ya lo sé, muchos niños se anticipan, pero no del todo como deberían. Por ejemplo, una chiquilla mona, graciosa, quiere ser como su tía, porque se pinta los labios y las uñas y tiene los dedos llenos de anillos... Y un chiquillo quiere ser como su abuelo, con su pipa y sus grandes bigotes. Los jóvenes se anticipan a menudo, sin saberlo, tienen demasiada prisa de hacerse viejos, de parecer gente importante. Que no tengan prisa, por favor, todo llegará, aunque no quieran. Si hay una cosa absolutamente cierta, es que van a envejecer, nada podrá impedirselos. Así que, que traten de seguir siendo jóvenes el mayor tiempo posible, es decir, espontáneos, sencillos, sonrientes. Yo prefiero seguir siendo un niño, me mantengo en la infancia con todas mis fuerzas. Los jóvenes quieren ser viejos, y yo quiero prolongar la juventud, ¡porque se pasa pronto! Es como la primera... ¡tan fugaz!

¿Me habrá comprendido un poquito la juventud? ¡Es maravilloso

tener impulso, calor, entusiasmo, y que los ríos fluyan, que los pájaros canten, que las flores perfumen, que los frutos maduren! Pero todo debe ir con la luz, porque sin luz nada puede florecer ni madurar. La juventud tiene fuego, pero no tiene luz. El fuego y la luz son dos cosas diferentes. La luz es producida por el fuego, y si no tenemos fuego no podemos tener luz. ¿Qué luz, qué sabiduría puede manifestar un muerto? Tiene que estar vivo, moverse, aprender, instruirse, para que pueda llegar a hacer brotar la luz.

Para que comprendan mejor esta idea, voy a descifrar para ustedes una página del gran libro de la naturaleza viviente. Imaginen que quieren encender fuego y no tienen cerillas. Pueden tomar dos trozos de sílex, por ejemplo, y golpear el uno contra el otro. Primero aparecerá el calor, y después la llama, la luz. Todo el mundo sabe esto, y quizá algunos lo hayan verificado en casos excepcionales, pero nadie ha profundizado para descubrir la sabiduría que se revela a través de estos procesos. El movimiento, son los esfuerzos que hacen. Estos esfuerzos desarrollan en ustedes el gusto por lo que han realizado, lo aman, y eso es el calor: el amor. Y, si continúan, la luz aparece: empiezan a comprender. Primero, pues, la voluntad: hay que hacer el esfuerzo, aunque no deseemos hacerlo. Éste es el método preconizado por Ignacio de Loyola. Al que no le gustaba rezar, le aconsejaba que se arrodillase, que juntara las manos, y, tras varias tentativas, gracias a la posición del cuerpo, le venían las ganas de rezar. Con el ejercicio de la voluntad, pues, viene el calor, el sentimiento. Pero eso no basta: hay que llegar a la luz, a la comprensión.

Interpretemos esto. La juventud representa el movimiento, tiene necesidad de actividad, quiere hacer algo, pero no sabe muy bien qué. Más tarde, sabe lo que quiere, pero no tiene ninguna idea clara de las aventuras a las que van a arrastrarle sus deseos. Necesita, por tanto, la luz; con la luz sabrá a dónde va, y todo lo que pueda emprender se revelará benéfico. La juventud no puede llegar por sí sola a esta sabiduría. Necesita instructores que le enseñen lo que no se aprende ni siquiera en las universidades. Sin esta ciencia todos están condenados a hacer un gran descubrimiento cuando abandonen la Tierra, sí, un descubrimiento sorprendente: ¡qué no han comprendido nada de la vida! Es un descubrimiento de envergadura, pero ya lo hacen demasiado tarde para que pueda servirles de algo, y se lo llevan consigo al otro mundo.

Les diré, pues, a los jóvenes que se encuentran aquí: alégrese de que la Providencia los haya puesto ante las verdades de esta Enseñanza. Todavía no pueden apreciarlas, porque, no sólo no ven su utilidad, sino que,

al compararlas involuntariamente con lo que han aprendido en las universidades, dicen: “¡Esto no es científico!” Pues bien, justamente, analicemos cómo comprenden los contemporáneos lo que ellos llaman “científico”. Lo que ya está petrificado, muerto, eso es lo científico para ellos. ¿Y por qué? Porque pueden medirlo, pesarlo, clasificarlo. Y todo lo que es de orden espiritual, lo que es sutil, invisible, no es científico. Porque como está vivo, bulle. Pero veamos lo que es verdaderamente más importante.

Veamos a este físico o a este químico que sólo aprecia lo que puede ser calculado, medido, pesado. Cuando está en la cama con su mujer, ¿dónde están los aparatos para medir las frecuencias, las corrientes, los elementos? Está sumergido en lo vago, en lo no científico, y eso no le molesta en absoluto, al contrario. Y cuando come, ¿acaso cuenta este científico cuántos bocados se traga, y cuántas veces los mastica? Y cuando está furioso, o cuando duerme, ¿acaso conecta aparatos para estudiar su ira o su sueño? No, la mayor parte del tiempo se ocupa de actividades no científicas que no le apetece estudiar, porque estudiar la vida no es interesante para él.

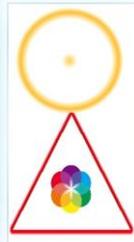
Ahí tienen a la ciencia, mis queridos hermanos y hermanas. No es una ciencia de la vida, sino una ciencia de cadáveres, porque todavía no es capaz de captar la vida para poder estudiarla. Y, sin embargo, la vida es lo único importante. La prueba: si un ladrón entra en el laboratorio de un físico y, cogiéndole por la garganta, le dice: “Dame todo lo que tienes ahí, o te mato”, el físico va a dejar que se lleve todos sus aparatos, tan valiosos, para poder salvar la vida... esta vida que nunca ha visto, que nunca ha pesado, ¡que nunca ha estudiado! Este hombre no es científico, pues; se contradice. Evidentemente, tiene razón en preferir su vida a todos los aparatos, pero esta reacción le prueba que se ha estado equivocando hasta ahora en su falta de interés por la vida.

La vida, nada hay más importante que la vida, pero en este asunto todo el mundo es ignorante: prefieren lo que está muerto, prefieren incluso los aparatos utilizados para estudiar lo que está muerto. Les mostrarán un microscopio, o un telescopio, como si fuese la maravilla de las maravillas, y todos se extasiarán ante este instrumento, olvidando que, si no tuviesen ojos para mirar a través del mismo, no verían absolutamente nada. Hay que extasiarse primero ante los ojos, hay que dar gracias al Cielo por poder ver a través de estos ojos, que han sido creados con tanta sabiduría, y después podemos extasiarnos, si queremos, ante las fabricaciones humanas. En

todos los dominios los humanos tienen tendencia a concentrarse casi exclusivamente en las adquisiciones exteriores. No se ocupan de poseer algo interiormente. Lo que les interesa son los objetos externos, no ven lo inútil que es poseer objetos que nunca van a pertenecerles verdaderamente, puesto que son exteriores a ellos. Mientras tienen dinero, aparatos, armas, todo va bien, son fuertes, pero, si se ven privados de todo eso, están perdidos.

El discípulo de la Ciencia iniciática trabaja para ser fuerte interiormente, y por eso sus armas y sus riquezas le pertenecerán durante toda la eternidad. ¿Por qué se obstina la gente en buscar lo que acabará escapándose? Dirán que estoy en contra de todos los descubrimientos y mejoras de la ciencia. No, yo también utilizo todo lo que se ha descubierto, y estoy contento de hacerlo, pero no caigo en la trampa. Trabajo en otro dominio que me pertenece a mí y del que puedo disponer en cualquier momento. Ésta es la verdadera independencia. Pero los humanos galopan en busca de un montón de cosas, sin haber preparado nunca nada dentro de ellos, en su corazón, en su alma, en su espíritu. Todo está fuera, pero nunca podemos estar seguros de lo que hay fuera. Lo más inteligente, pues, es tener a la vez las posesiones interiores y las posesiones exteriores.

* * *



www.laenseñanza.org